





ZOCOS, 30

BATA

© De los textos, José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2024

[www.editorialconfluencias.com](http://www.editorialconfluencias.com)

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-127002-1-3

Depósito legal: AL 920-2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JOSÉ JESÚS  
FORNIELES ALFÉREZ

# BATA



CONFLUENCIAS  
EDITORIAL









## MI VIDA EN BATA

**A**l atardecer de un día del mes de diciembre de 1959, tomé un tren en la estación de Atocha, Madrid, camino de Cádiz, donde iba a embarcar. Me despidió mi amiga Juanita y mis padres se llevaron un gran disgusto. Me esperaba una noche en un departamento de seis asientos que daba al pasillo, donde salía a estirar las piernas. Enfrente me tocó un joven algo sordo, por no decir muy sordo, que llevaba a un niño de meses. Resultó ser un pintor becado para ir a Guinea; la madre del niño se había enfadado en el último momento. A lo largo de la noche, nos hicimos íntimos amigos.

Al llegar a Cádiz, empezamos a preguntar a las mujeres, qué le dábamos de comer a «aquello». En Las Palmas de Gran Canaria le esperaba

su chica, que había mejorado del enfado, y lo perdí de vista. Al final llegó sólo a Bata y se vino a mi casa a vivir. Lo llevaba en mi Jeep al bosque para que pintara paisajes africanos. Le dije que me pintara y nos immortalizáramos juntos. Me pintó un magnífico retrato, pero demasiado realista; yo hubiera preferido un Van Gogh.

El funcionario, que era mi segundo, tenía una mona, Jaima, porque la cogieron chiquitita y le pusieron Jaime, creyendo que era un monito; al ver luego que era hembra, la llamaron Jaima. Vivía en la casa de al lado y cogía unos cabreos terribles al oír al pintor, que se llamaba Manolo Ortega, pues, como sordo, hablaba con una voz rara y fuerte.

El barco se llamaba *Isla de Tenerife*. Y estaba ya para el desguace. Al zarpar y por la zona del estrecho, nos cogió una tormenta, que yo aguanté bastante bien. Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Monrovia. Aquí me fui a Correos para enviarle una carta a mis padres. Correos era una estructura de madera, que pensé que podía venirse abajo en cualquier momento. Y al final, Santa Isabel, capital de Fernando Poo.

Me había hecho amigo del médico del barco, un muchacho al que le gustaba beber. Así que me fui con él a una fiesta de bebedores y bailé con la primera negra de mi vida. No estaba mal. Yo nunca fui racista. Allí me esperaba el inspector de Trabajo, Alfonso Robles, pues el delegado y director del periódico de la ciudad, el *Ébano*, estaba de permiso. Me invitó a su casa y me puso a un negro detrás, a mi servicio. Contaré alguna cosa de Santa Isabel. Pero después de unos días, seguimos hacia Bata, capital de Río Muni y ya en el continente africano.

Bata era una ciudad preciosa y mi casa estaba encima de mis oficinas y mi coche era un Jeep y mi chófer, Jesús Abeso. Exactamente debajo de mi dormitorio, tenía mi despacho, con el que me comunicaba por una escalera interior. Todos los gastos de la vivienda, incluyendo reparaciones, y los del coche eran a cargo del Estado. Yo ganaba unas tres veces lo de España.

Bata estaba en la costa, pero no tenía puerto. Los barcos anclaban a cierta distancia y lanchas y gabarras hacían el servicio de transporte de mercancías y pasajeros. Bata era una ciudad de blancos y a los negros se les tenía prohibido

vivir en ella. Mi casa estaba en la parte alta de la ciudad, cerca de la policía y camino del hospital. Tenía muy próxima la selva, cuyo rumor oía.

Cuando me preguntaban, más tarde, en España, cómo era Guinea, les decía: ¿cómo os figuráis que es el Paraíso? Pues parecido... Estábamos a unos 100 kilómetros al norte del Ecuador, con un clima muy parecido al de Panamá. Unos pantaloncitos eran todo lo que necesitabas y las playas de Bata eran insuperables. Nos habíamos vacunado de unas cuantas enfermedades. Era obligatorio: fiebre amarilla, enfermedad del sueño. La malaria se combatía con una pequeña pastilla; ya no había quinina, que te ponías amarillo. Había otras enfermedades, propias de allí: filaria, un gusanito que te recorría el cuerpo por debajo de la piel; gusanos intestinales, que te producían anemia y entraban por los pies descalzos; niguas, una cosita negra como la cabeza de un alfiler, que se metía debajo de la uña de los dedos del pie. Te lo quitaba una negra con otro alfiler, sin molestias. Yo tuve una filaria que, estando ya en España, me duró varios meses. Yo cumplí las reglas y este clima y sus circunstancias me sentaron estupendamente.

Sólo una vez, me sentí con algo de fiebre y una inyección de Aralen me la quitó.

Ni que decir tiene, que no tenía ni idea del derecho laboral de Guinea. Era una oficina amplia, con un mostrador semicircular, con siete u ocho funcionarios negros y un par de blancos. Entre los negros, todos muy eficientes, podemos destacar a Ventura, el interventor, y Alfonso, el tesorero. También, había una secretaria, con Tomás y SESOGUI, seguros sociales de Guinea, con Carlos Esono. Este cogió la lepra y se fue a España, a la leprosería de Fontilles, Valencia —la última leprosería de Europa—. Cuando volvió, ante todos sus compañeros, le di la mano al saludarlo. Pero después me fui a casa y estuve lavándome las manos un buen rato. Nosotros teníamos otra leprosería en Mikomeseng, cerca de Río Campo, frontera con Camerún.

Nosotros hacíamos campañas de año y medio, con seis meses de vacaciones. Teníamos derecho a un mes de vacaciones durante ese periodo, aunque si te marchabas, el viaje corría por tu cuenta. La primera campaña no hice uso de ese permiso, no sé por qué. El clima me sentaba estupendamente. Siempre me resfriaba

con frecuencia, con bronquitis, por lo que pensaba, que con dificultad alcanzaría los 60 años y me moriría de un enfisema. Llegué a los 60 y, al no morirme, pensé que me moriría de un problema cerebral. Ahora creo que es absurdo buscarle tres pies al gato. Moriré durmiendo, como mi padre, que por días no llegó a los 90, o mi madre, que murió hablando con su nieto Manolín, a los 95. En su partida de defunción ponía: causa de la muerte, senilidad. Pero mi madre no estaba senil; ni mucho menos. Se iba a venir con nosotros a Aguadulce aquel verano. El anterior lo pasó con nosotros y se vino a Granada, donde pasó unos días. De Gaulle murió viendo la televisión.

Me encargaron redactar un nuevo Reglamento Laboral que comprendiera los dos reglamentos de trabajo que había, uno de empleados blancos y otro de trabajadores negros. Utilicé el sistema de tarjetas para ir escribiendo los artículos. Me subía a casa y con máquina de escribir y sólo unos pantalones cortos, lo hice.

Tenía la obligación de visitar todas las empresas forestales, cafetales, etc., de Río Muni, una vez al año y había un cuaderno donde ponía

una diligencia. Así que conocí Río Muni bastante bien. Un cafetal era de Acacio Mañé Elá. Parece que era de los que pretendían la independencia y en un interrogatorio murió. Había ocurrido hacía poco, antes de que yo llegara. Me recibió con toda dignidad su viuda y yo la traté, como quien era: una señora. Después de la independencia compraron un acorazado y le pusieron su nombre: Acacio Mañé Elá.

El pamue de Guinea no tenía necesidad de trabajar; el bosque lo alimentaba. Así que sólo eran capataces, administrativos, enfermeros y sólo algunos, estudiaban. Estos pamues —o fang— eran una rama de los bantúes, que habían llenado África negra y arrinconado en aquella región a otras etnias: combes, bujebas, corisqueño... En la isla estaban los bubis y los fernandino. Así que se traía mano de obra de Nigeria; eran los calabares, ibos, ibios... Había una Labour Office, en Bata, que los representaba. Al frente, cuando llegué, estaba Mr. Williams, un negro de Sierra Leona. El Imperio británico mandaba funcionarios de unas colonias a otras, buscando cohesión. Era un hombre magnífico; «Very English», como le dije a su segundo, un día.

Me regaló una chilaba nigeriana con un gorro de terciopelo. Tengo otra chilaba marroquí y otra egipcia. Me acompañaba en algunas visitas.

Como el médico del barco era bebedor, mis primeros amigos fueron bebedores y con ellos aprendí a conducir. Con este médico, envié a mis padres algunas figuritas de ébano y marfil. Pero pronto cambié de amigos con gente que no bebía, entre ellos «el méquido loco», José Roldán. Se acercaban las Navidades y con éste me fui a Sevilla de Niefang, a 74 km de Bata, en el interior. De aquí son mis primeras fotografías de África. Tenía un Jeep descapotable, porque no tenía más que las cuatro ruedas, el chasis y un motor. Con ellos pasé la Noche Buena y, como lo pasamos muy bien, también el Año Nuevo.

En Guinea, como en Panamá, sólo hace calor. Está la época seca y la época de lluvias, la sequilla y más lluvia. No hace un calor asfixiante. Un termómetro, en mi despacho, marcaba, cuando hacía «frío» 30 grados y, cuando hacía «calor» 33. Lo que siempre hacía era mucha humedad. Todo estaba mojado. Pero el cuerpo, al menos el mío, estaba en perfecta unión con el ambiente, estando desnudo. Una vez, me paseé por Bata



con Pepe Roldán, en su descapotable, con una lluvia torrencial encima; las gotas te hacían daño. Hice un examen de conducir de risa; todos éramos amigos. Luego tuve un carnet de Caza Mayor, de Armas, de Pesca. Todavía conservo alguno y un rifle Remington del 22 y mi sable.

Estaba dispuesto a sumergirme en la naturaleza. Así que, tomando todas las medidas adecuadas médicas, me iba a bañar con mucha frecuencia en un maravilloso mar, en la playa del Egombe Gombe, que aún la recuerdo como un paraíso. No nos metíamos muy adentro, porque había tiburones, especialmente pez espada y pez martillo, estos muy peligrosos. Un día, estando en esa playa, se resbaló una serpiente —bitis gabónica— de un egombe, un árbol, debajo del cual nos poníamos buscando su sombra y nos sentábamos encima de un gran tronco semienterrado. Era preciosa. Se enderezó y no tendría más de metro y medio, de color amarilla verde. Pero la matamos. Un año exactamente antes de mi llegada, uno de los hermanos Lasaleta, que se dedicaban a comprar animales y mandarlos a los zoos, enseñando una de estas serpientes, le mordió en el cuello, y no dando tiempo para

darle un antiveneno, murió. El otro fue director del zoo de Jerez.

Conocí a Jordi Sabater Pi. Me dijeron que tenía unas láminas de cabezas de negros con las incisiones que se hacían en el rostro, según su tribu. Fui a su casa y me las enseñó. También me habló de que *National Geographic Magazine* le había publicado un trabajo, sobre las camas de los gorilas y sus características, pero yo no lo he visto. Ya entonces estaba suscrito a esta revista y al *Washington Post* y a *Paris Match*. No podía ir al teatro, pero podía leerlo, como *After Fall—Después de la caída—* de Arthur Miller.

Me hice su amigo y fui con él a sus viajes por la selva, en busca de animales que los negros cogían con trampas. Trabajaba en Frapejo Hermanos, y fue el que compró a Copito de Nieve, poco antes de llegar yo.

Había un animal por allí, que no lo había en ningún lugar del mundo: una rana peluda. Y monos, monos de toda clase, que se acercaban a nuestras casas. Los negros se los comían y, cuando los mataban, se los echaban al hombro, atando el rabo alrededor de la cabeza. Yo vi a un gorila recién nacido, en una caja de zapatos;

me miró como un niño. Y serpientes, también muchas y de muchas clases. La piel de la pitón, una vez curada, servía para hacer zapatos, bolsos... Yo regalé varias a mi familia.

Mi vida fue la de un monje. Los primeros días me trajeron a una negrita, pero al ver todo negro, me causó una cierta impresión. Fue casi al final de la campaña, cuando conocí a una chica de Sierra Leona. Era una estatua cuando se la duchaba. Desapareció pronto. La segunda campaña la pasé con una combe. Se llamaba Ndoni Molicco, pero todo el mundo la llamaba Ndoni, aunque, cuando la bautizaron, le pusieron Gertrudis. Era muy risueña. Estas playeras eran más claritas y tenían menos rasgos negroides. También conocí una hausa. Los hausas eran una etnia del norte de Nigeria que acaparaban el comercio. Eran musulmanes. Había tres chicas muy jóvenes que se metían por todos lados, vendiendo cacahuets. Una vez, en mi despacho, Ntu, una de ellas, se puso mala y se le cayó su escapulario. Yo no pude dejar de mirar lo que tenía dentro. Unos versículos del Corán. Lo volví a meter exactamente como estaba. Unos días después, vino a por él y me dijo que lo había abierto. Era muy lista. Le

dije que no era verdad. Unos años después, otra de esa pandilla, Aguá, me traía caña de azúcar; la pelábamos y la metíamos en la nevera. Estaban riquísimas. Un día, Ndoni encontró a Aguá en casa y la atacó; le dio un mordisco en el hombro, que casi se llevó un pedazo. Me enfadé. La curé y la llevé a su casa, en un poblado cercano. Cuando volví, Ndoni estaba muy seria, esperándome sentada en la puerta.

Irma Kroner era una joven mulata, hija de Otto Kroner, que tenía un cafetal en Mikomeseng, en río Campo, cerca de la frontera con Camerún y cerca de la leprosería. Debía de ser un nazi, de los huidos. Cuando visité la finca ya había vuelto a Alemania, pues debía de ser mayor. Me recibió un joven alemán que me saludó con una especie de brazo en alto. Otto Kroner había tenido muchos hijos de su harén. No le importaba si era negro o mulato; le ponía un nombre alemán y en paz. Yo llevaba un Jeep con la bandera española y TEG de matrícula: Territorios Españoles de Guinea. Luego, cuando se transformaron en provincias españolas, llevé RM y los de Fernando Poo, FP. Fue mi última amiga, la última de mis miningas.

Al final de esta primera campaña, tuve un accidente de coche. Jesús Abeso se despistó y dimos una vuelta de campana. Me rompí el brazo izquierdo y me hice unas lesiones en la cabeza. Desde entonces, Jesús Abeso conducía por Bata, pero en carretera, conducía yo. Si me mataba, quería hacerlo por mis propios medios. En Guinea todo eran pistas de tierra, salvo los 74 kilómetros a Niefang y la salida a Río Benito. Durante la seca, se producía un polvo rojo que todo lo envolvía, y en las épocas de lluvias, potopoto, un barro que ni con la marcha reducida, te hacías con el coche. Los caminos por donde tenías que ir, eran, a veces, muy difíciles, hasta llegar a las empresas forestales, en el interior de la selva. *Potopoto* era el nombre del periódico de Bata. Me compraron un Toyota, que era un cochazo al lado del Jeep. También me compré mi primer coche. Un Volkswagen rojo corinto, con ruedas con franjas blancas. Causaba sensación en España, cuando, en el mejor de los casos, alguno tenía un *seilla*. También me compré mi primera cámara fotográfica Voïlander y un extraordinario tocadiscos Sony.